

Fanum Naturae / casi solo azul

En 1460 el shōgun Ashikaga Yoshimasa planeó la construcción de un pabellón rodeado de un gran jardín para su retiro y descanso. Un lugar dedicado a la interiorización y percepción de la belleza, dónde la relación del hombre con la naturaleza fuera de veneración y agradecimiento. Esta construcción debía estar recubierta en plata, emulando así a otro templo realizado años atrás por su abuelo, que fue conocido de manera informal como *Templo del Pabellón de Oro o Pabellón Dorado*. Debido a diferentes conflictos de la época, aunque el edificio fue construido en su totalidad nunca fue finalizado con recubrimiento de plata que estaba proyectado. Hoy en día, permanece como templo budista con su construcción totalmente vista en madera. No existe ningún atisbo de la intencionalidad inicial de ser envuelto de plata. No obstante, desde el Período Edo es conocido como Ginkaku que significa “*Pabellón de plata*”.

Hace unos meses comencé una serie de obras centrado en el pigmento de plata, motivado por la imagen mental de este templo rodeado de un jardín oriental. Imaginaba la fluidez de la plata vistiendo una bella construcción en medio de un entorno diseñado para el disfrute, la meditación y comunión con la naturaleza. Simplemente comencé a pintar, como tantas otras veces. En el proceso de este aprendizaje de las características de la plata sobre el lienzo y su comportamiento, comenzaron a florecer otros pigmentos. Matices secundarios que cada vez tenían más protagonismo. Y entonces, con el paso de las semanas, entre todos ellos, apareció el azul.

Siendo honesto, siempre he intentado evitar el azul. El motivo, no ha sido otro que un prejuicio personal derivado de una lectura simplista de la pintura. La relación de la fluidez y el azul, provocan una primera percepción de paisaje marino y celeste que siempre he querido impedir. Una visión del mar que, por otro lado, fuera del estudio, tengo desde hace años tatuada en mis ojos.

En la isla de Ibiza, desde un punto muy concreto, la observación de la tremulación inagotable del mar, se ha convertido en mi tantra particular. Una meditación instaurada en la visión de lo mínimo y el constante movimiento. Un lugar, donde la sucesión de instantes consecutivos imposibles de retener, invita a la razón al florecimiento de la certeza de lo no asible en una constante incertidumbre calma. Un lugar donde encuentro la conciencia pura de la forma del tiempo.

Así que, aunque mi relación con el paisaje para muchos es obvia, yo me identifico de manera más certera con la naturaleza, un concepto mucho más interno y no visible a simple vista la mayoría de las ocasiones. Lo que denominamos paisaje, para mí, es una acumulación de innumerables elementos que interactúan entre sí creando una superficie visible. Este conglomerado visual, en realidad, está compuesto por múltiples elementos que se construyen a sí mismos de manera individual e interna. Elementos atmosféricos, geológicos y vegetales que no constituyen paisaje por sí solos de manera aislada. Partiendo de esta idea de naturaleza, como movimiento y construcción interna, intento que mi pintura, mi movimiento sobre el lienzo y el fluir de la tinta sobre el papel, se comporten como uno de esos mínimos elementos que conforman el paisaje. Intento encontrarme con la pintura y que ambos seamos uno.

No tengo una concepción de la pintura como representación de un espacio exterior. En mi caso, el acto de pintar es el lugar. Un lugar de interiorización activa. El impulso proviene de un movimiento interno cuya consecuencia inmediata es una manifestación física exterior. Algo así como la savia que fluye y empuja constantemente a una planta creando una forma exterior visible.

En este periodo de tiempo que he llamado *Fanum naturae* / casi solo azul, el proceso, como suele ocurrir en pintura, deviene en aprendizaje y encuentro. Casi como si se tratase de un enfrentamiento cara a cara con un enemigo que siempre estuvo conmigo, el encuentro con el azul a aparecido irremediabilmente. También reconozco que, en estas pinturas, ha vuelto en mi conciencia el interés por abordar la importancia del agua en mi trabajo. Un agua continuamente presente, que soy consciente constituye toda mi pintura.

Esta exposición, a fin de cuentas, no es otra cosa que una muestra de tiempo seccionado. Fragmentos de tiempo que han sido vividos en el estudio, que de algún modo contienen la intensidad y ligereza de una belleza que se escapa de las manos y flota en un entendimiento intuitivo. Una intuición y sucesión de circunstancias, que después de un espacio de cuatro años de ausencia, es capaz de aflorar y definir un periodo singular.

Y así es, que una pequeña pintura que quedó aislada por su peculiar color un tanto distinto a todas las demás, cruza ahora un océano, para decir susurrando, “casi solo azul”.

27.11.2022